AGENCIA GENERAL HISPANO-CUBANA.

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.

a Banda de la Conde-



MADRID.

Imprenta de la **Viuda de D. R. J. Dominguez,**
calle de Hortaleza núm. 67.
1849.

OBRAS PUBLICADAS.

La creacion del mundo y el diluvio universal, **del señor D. José Zorrilla,** en 3 actos precedido de un prólogo en verso.

¡Es un ángel!, **del señor Suarez Bravo,** 3 idm. en idm.

Trabajar por cuenta agena, **del señor Cazurro,** 3 idm. en idm.

La gloria del arte, **de los señores Asquerino,** 3 idm. en idm.

Juan sin tierra, **del señor Diaz,** 4 idm. en idm.

Don Sancho el Bravo, **del señor D. Eusebio Asquerino,** 3 idm. en idm.

Para heridas las de honor ó el desagravio del Cid, **del señor Galvez Amandi,** 5 idm. en idm.

Mi mamá, **del señor Serra,** 1 idm. en idm.

Un amor á la moda, **de lo señores don Jacinto Perez Duro y don Luis Rivera,** 1 idm. en idm.

El 5 de agosto, **del señor Tamayo,** 4 idm. en idm.

La banda de la condesa, **del señor Cortijo y Valdes,** 3 idm. en idm.

Los amantes de chinchon (*parodia de los Amantes de Teruel,*) **de los señores, Villergas, Principe, Larrañaga, Asquerino y Estrella,** 1 idm. en idm.

Juan sin pena, **del Señor Rosa,** 3 idm. en idm.

El ensayo de una ópera (*zarzuela*) — 1 en prosa y verso. **del señor Peral.**

Un dómine como hay pocos — 1 en prosa. **del señor Peral.**

Las guerras civiles, **de los señores Asquerino,** 3 idm. en verso.

Traidor, inconfeso y mártir, **del señor Zorrilla,** 3 idm. en idm.

LA BANDA DE LA CONDESA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

D. ANTONIO CORTIJO Y VALDES.

Representado con aplauso en el teatro de la Cruz.



MADRID: 1849.

Imprenta de la Viuda de D. R. J. Dominguez,
calle de Hortaleza núm. 67

PERSONAGES.	ACTORES.
LA CONDESA.	***Sra. Baus.***
MARIA.	***Sra. Scapa.***
EL CONDE.	***Sr. Tamayo.***
EL CAPITAN MENDOZA.	***Sr. Fuentes.***
MEN FORTUN (*doncel del conde*).	***Sr. Rodrigo.***
ALVAR.	***Sr. Arjona.***
PETRA.	***Sra. Sanchez.***

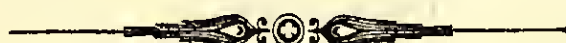


A los señores don Antonio Valdes y don Alejandro Sampedro.

En prueba de cariño

El autor.

ACTO PRIMERO.



El teatro representa un salon del castillo del conde Fernan Nuñez, en las inmediaciones de Toro. Al descorrerse el telon aparecen Alvar y Petra arreglando los muebles.

ESCENA PRIMERA.

ALVAR, PETRA.

ALVAR. Vamos dueña, no se enfade:
miren que es mucha rareza.
¿No puede un hombre pensar
lo que le de gana y quiera?
PETRA. No puede, no: y esas cosas
mucho menos.
ALVAR. Pues es buena!
PETRA. Quién dice que la señora..?
ALVAR. ¿Y quién sino su torpeza,
confunde lo que yo digo?
Aunque el ama no le quiera,
lo que es él, se lo aseguro,
los vientos bebe por ella.
PETRA. Por Dios que así no murmure:
bien seguro que no piensa
en tal cosa ese mancebo.
ALVAR. Yo repito que sí, dueña.

Siempre siguiendo sus pasos...

PETRA. Ay! ¡si el conde se lo oyera!

ALVAR. El conde! (bueno seria!)
si fue broma... (santa Tecla!
tiene razon; si me escucha,
me manda arrancar la lengua.)

PETRA. Pues entonces ¿á qué quiere
que con sus bromas yo sienta?

ALVAR. No me suplique y perdone.
(Me va á matar esta vieja.)

PETRA. Ya se acabó.

ALVAR Diga pronto,
si sabe que objeto tenga
la repentina salida
que de aquí el conde proyecta.

PETRA. Dicen que le llama el rey.

ALVAR. Qué le llama?

PETRA. Con gran priesa;
y se lleva gente de armas.
Yo me alegro porque fuera
de este castillo á Mendoza
mis ojos pronto le vean.

ALVAR. Al capitan? yo no sé
como sufro tanto, dueña.
¿No sabe que le he servido
contra los moros en guerra,
y le quiero por valiente,
y porque aquí no se encuentra
capitan mas arrogante?
Que no salga: Dios lo quiera:
yo no le puedo seguir,
que la tizona mi diestra
ya no puede manejar
por mas que el pecho lo anhela;
y el dia que no le veo,
no está mi alma satisfecha.

PETRA. Como tiene tan buen genio!
siempre regañando!

ALVAR. Petra,
así son los hombres: bravos.
Yo le he visto en la pelea
dar cada tajo...

PETRA. Jesus!
ALVAR. El recordarlo me alegra;
ya soy viejo, y de mis glorias
los recuerdos solo quedan.
Ojalá que con el conde
no se marche!
PETRA. Bueno fuera!
Pues no dice que es valiente?
ALVAR. Sí, sí: que al conde defienda;
seguro estoy que su vida
no peligra si se encuentra
á su lado el capitan,
aunque el diablo contra él venga.
Pero todo está arreglado,
y se acerca la condesa.
PETRA. Oh! qué triste!
ALVAR. Vamos, vamos,
idos sin tardanza, dueña.—
Mi señora...

ESCENA II.

ALVAR *y la* CONDESA.

CONDESA. Dios te guarde.
ALVAR. (Siempre tan amable y buena!)
CONDESA. Qué dijiste?
ALVAR. Que por veros
feliz, alegre y contenta,
los pocos años de vida
que el cielo me guarda, diera.
CONDESA. Ojalá que mi amargura
y mi constante tristeza
al volver el noble conde
para siempre fin tuvieran;
mas esposa de un guerrero
mis cuitas serán eternas
ALVAR. Pronto volverá, señora,
y despues de tanta pena
todos seremos dichosos,
si vemos la dicha vuestra.
CONDESA. Feliz yo, si no te engañas;

mas ve si el conde desea
tus servicios.

ALVAR. Voy corriendo.
(Maldiga el cielo la guerra!)

ESCENA III.

CONDESA *sola.*

Demos treguas al dolor: ¡de mí se aleja,
cuando tanto le adora el alma mia!
le llama su deber, y aquí me deja
el conde con mi amor, y mi agonía.
A Dios pluguiera que sin pompa vana
y sin esta corona de condesa,
ignorada y humilde castellana
gozára del amor que me embelesa.
Desgraciada de mí! Dios poderoso!
proteje tú en la lid al dueño mio...
las lágrimas que vierto por mi esposo
son lágrimas de amante desvarío.—
Mas... Quién viene hácia aquí? Si será el conde!
que no advierta en mis ojos me interesa,
el acerbo dolor que el pecho esconde.—
Mas no, no: es el doncel...

ESCENA IV.

CONDESA, MEN FORTUN.

FORTUN. Salud, condesa.
CONDESA. Bien venido el doncel sea.
FORTUN. ¿Por qué sola y retirada,
siempre al dolor entregada
mi señora estar desea?
CONDESA. Tardará el conde en partir?
FORTUN. (Cuánto le ama!)
CONDESA. Dí, doncel.
FORTUN. Preparado está el corcel,
debe muy pronto salir:—
Por qué os turbais?
CONDESA. Me devora

un cruel presentimiento.—
Vas tú con él?

FORTUN. (Qué tormento!)
Aquí me quedo, señora,
que aunque yo laurel anhelo,
y laurel la guerra dá,
en estos sitios está,
lo que amo mas que él, mi cielo.

CONDESA. Sientes tú de amor la llama?
Comprenderás mi dolor!

FORTUN. Mi delicia es el amor,
y el amor mi pecho inflama.
Por él vivo solamente,
desque fijó, no os asombre,
en mi corazon, un nombre,
y una ilusion en mi mente.
Ilusion tan adorada,
que ella es mi vida, mi ser.

CONDESA. Mucho debes padecer,
si estás lejos de tu amada.

FORTUN. Lejos..?—sí, teneis razon;
lejos, muy lejos está;
tal vez nunca escuchará,
como late el corazon.
A su lado noche y dia
puedo estar si lo deseo;
y aunque tan cerca la veo...
lejos está todavia!
Oh! condesa... es un tormento
que lentamente me abrasa:
ignoro lo que me pasa,
y hasta ignoro lo que siento.
Comprendeis lo que es sufrir?
decid:—¿Hay pena mayor
que vivir por el amor,
y por el amor morir?
¿No es verdad que es horroroso
vivir sin ventura amando,
y estar la dicha tocando,
y no hallar nunca reposo?—
Oh! comprended mi amargura;
y si dicha no me dais,

sepa al menos... que llorais,
como yo mi desventura.

CONDESA. Doncel!

FORTUN. Lo dige... y me pesa:
mas para tanto penar
no hay mas bien que desear
el llanto vuestro, condesa.

ESCENA V.

Dichos, ALVAR.

ALVAR. Señor, el conde os espera.

CONDESA. Id doncel.

FORTUN. Al punto voy.
(Cada vez mas loco estoy,
y ella está mas hechicera!) (*Váse.*)

ESCENA VI.

Dichos menos MEN FORTUN.

ALVAR. (Está la condesa triste.)

CONDESA. Buen Alvar; ¿qué sentimiento
ha turbado tu alegria?
todos estamos de duelo!
Vamos dime: qué tristeza..?

ALVAR. Yo tristeza! ni por pienso:
si me encuentro junto á vos,
alegre siempre me encuentro.
(Diablos!! me lo ha conocido)
Señora, sin cumplimientos,
no me gusta, y perdonad,
como soy soldado viejo...

CONDESA. Quién? Alvar?

ALVAR. Quién? Ese jóven.

CONDESA. El doncel?

ALVAR. Sí, que recuerdo
haberle visto en el campo
lidiando por Juan el Tuerto,
y aunque en pro nuestro combate
yo ni por esas le quiero;

que quien vendió á su señor,
no reparará en vendernos.

CONDESA. Oh! Qué dices?

ALVAR. La verdad;
perdonad al pobre viejo:
pero en su rostro, señora,
muchísimo malo advierto.
Y qué mas quereis que os diga?
todo de Fortun lo temo.
El conde le quiere mucho,
y aunque bastante lo siento,
resignarnos es forzoso,
á verle, aunque no ha quererlo.
El, que juró una bandera,
y olvidó sus juramentos
volviendo al infante el rostro,
con el conde hará lo mesmo.

CONDESA. Era muy jóven Fortun
cuando sirvió á Juan el Tuerto;
pero al fin se arrepintió,
y su engaño conociendo,
juró con el noble conde,
por monarca á Alfonso onceno.
Desecha, pues, esa idea.

ALVAR. Por mas que digais, no puedo;
que bien conozco, señora,
que puro el corazon vuestro,
nunca la maldad sospecha,
porque es generoso y bueno.
Yo quisiera equivocarme,
pero en fin, allá veremos.

CONDESA. Adios Alvar: nada temas
de Fortun, yo te lo ruego.

ALVAR. (Me lo ruega! será que...—
pero no...)—guardeos el cielo. (*Váse la Condesa.*)

ESCENA VII.

ALVAR *solo.*

Tendrá razon; mas con todo
de Men Fortun mal sospecho.

Si será que...—vuelta al tema!
mal haya mi pensamiento!
siempre malicioso...—Alvar,
en otra cosa pensemos.—
Pero, sois vos capitan?
(Al reclamo! es lo mas diestro!)

ESCENA VIII.

Dicho, el CAPITAN MENDOZA.

CAPITAN. Yo soy ¿por qué mi venida
te sorprende?
ALVAR. Capitan,
es tanto al veros mi afan,
que temo perder la vida.
CAPITAN. Gracias, mi fiel ballestero.
ALVAR. Sí, muy fiel: teneis razon,
porque tengo un corazon
de noble, no de pechero.
Y nunca olvidar podré
que he recibido de vos
la vida despues de Dios.
CAPITAN. Cuando yo te la salvé
con mi obligacion cumplí,
pues no la hubiera salvado,
si no me hubieras librado
de la muerte antes á mí.
ALVAR. Con que vos no lo olvidais?
CAPITAN. No olvidarlo deber es.
ALVAR. Dejad que os bese los pies,
y hasta el polvo que pisais.
¿Quién los servicios no olvida,
que presta un pobre soldado?
Vos no lo habeis olvidado..?
diéraos por ello mi vida.
CAPITAN. Levanta, dame esa mano:
tu honradez no tiene igual.
ALVAR. Otro favor! voto á tal...
jóven volveis al anciano.
Dejad que otra vez la bese:
no diera yo este momento,

por un mundo, así lo siento,
aunque al mismo infierno pese.—
Con que os marchais?

CAPITAN. Puede ser,
que no tarde una hora Alvar.

ALVAR. No lo digais, el pesar...

CAPITAN. Seguir al conde es deber
mio.

ALVAR. Ya lo se.

CAPITAN. La guerra
ha tomado tanto vuelo,
que sino la libra el cielo,
quizá asole nuestra tierra.

ALVAR. Y son los moros..?

CAPITAN. No, Alvar,
es el infante ambicioso
el que nos turba el reposo;
no se cansa de lidiar.
Si el rey quisiera, de cierto
castigara su maldad:
pero su mucha bondad,
aliento da á Juan el Tuerto.—
Yo no sé con que intencion
llama al conde Alfonso onceno.

ALVAR. Que no es para nada bueno,
me anuncia mi corazon.

CAPITAN. Acaso no: mas quién sabe?
el conde está decidido,
y á Toro irá.

ALVAR. Siempre ha sido
parcial de Alfonso.

CAPITAN. No cabe
en un hidalgo otra cosa;
y si el conde así no fuera
¡vive Dios, que no sirviera
en su hueste valerosa!
Que ser siempre fiel al rey
y su trono defender,
para un noble debe ser
acatada y justa ley.

ALVAR. Os escucho embelesado:
yo no sé lo que me pasa,

y solo sé que me abrasa
vuestro acento de soldado.
Mas tengo que hacer, señor;
dadme otra vez vuestra mano.

CAPITAN. Tómala, sí, bravo anciano.

ALVAR. Me inflama con su calor. (*Váse.*)

ESCENA IX.

EL CAPITAN *solo.*

CAPITAN. Dichoso Alvar! no conoce
mas placer que sus recuerdos,
y su corazon tan solo
ha sentido el ardimiento,
el valor: feliz ha sido
si nunca latió su pecho
por el amor abrasado,
y en redes de amor opreso.—
Mas, aquí viene María,
cuanto hoy al verla padezco!

ESCENA X.

Dichos, MARIA.

MARIA. Me esperábais capitan?
sin quererlo me he tardado.

CAPITAN. Siempre tardais á mi afan.

MARIA. Sois mas que bravo, galan.

CAPITAN. Y mas que eso, enamorado.

MARIA. Solo así fuera dichosa:
lo confieso sin rubor.

CAPITAN. Mi alma os escucha gozosa.

MARIA. Capitan, pago amorosa,
vuestros acentos de amor.

CAPITAN. Me pagais de tal manera
que al escucharos, María,
daros el alma quisiera,
por esa voz hechicera,
que causa la dicha mia.

MARIA. Con que tanto me adorais!

CAPITAN. Mas de lo que vos creeis.
MARIA. De verdad!
CAPITAN. Y lo dudais?
MARIA. A veces...
CAPITAN. Cómo!
MARIA. Os marchais?
CAPITAN. Sí amor mio.
MARIA. No lo veis?
CAPITAN. No os comprendo por quien soy.
MARIA. Fácil es de comprender.
CAPITAN. No por Dios.
MARIA. Sí.
CAPITAN. Loco estoy!
incomprensible estais hoy.
MARIA. Para vos.
CAPITAN. Y qué he de hacer?
Vuestro misterio me ofende.
MARIA. Mas á mí vuestra franqueza.
CAPITAN. La cabeza se me enciende.
MARIA. Castigadla sino entiende.
CAPITAN. Bien tirana es la belleza!
MARIA. Os vais al fin?
CAPITAN. Sí, María.
MARIA. Capitan, ¿no comprendeis
lo que quiero todabia?
CAPITAN. Que me marche?
MARIA. No á fe mia.
CAPITAN. Que me quede?
MARIA. Que os quedeis.
CAPITAN. Cómo os tengo de entender?
MARIA. Si es tan grande vuestro amor...
CAPITAN. Cual nunca le pudo haber;
mas vos no podeis querer
que duden de mi valor.
MARIA. ¿Vos de las lides la palma
mas que todo lo anhelais?
id con Dios, dejadme en calma.
CAPITAN. Sí, partiré, mas el alma
os dejo.
MARIA. Me la dejais?
CAPITAN. No la quereis?
MARIA. No por Dios!

CAPITAN. Qué decís?
MARIA. Que os la lleveis.
CAPITAN. No os entiendo.
MARIA. Ni yo á vos.
CAPITAN. Locos estamos los dos.
MARIA. Vos, Mendoza, lo estareis.
CAPITAN. Escuchad por compasion;
yo á convencerme no acierto
de que vos tengais razon,
para herir mi corazon
de ese modo...
MARIA. Pues es cierto,
y tengo razon sobrada;
porqué os marchais? ¿no me veis...—
CAPITAN. Misteriosa y enojada.
MARIA. No, con el alma angustiada;
vedlo si en ella leeis,
Capitan, á mi pesar.
Marchaos: es vuestro deber,
y no debeis á él faltar
aunque el llanto y suspirar
viendo esteis de una muger.
CAPITAN. Dios me de fuerzas, señora.
—quién lo puede evitar?
MARIA. Yo.
CAPITAN. De qué manera?
MARIA. No es hora.—
Consentís?
CAPITAN. Oh! seductora
muger...
MARIA. Me direis que no?
CAPITAN. Evitadlo si podeis.
MARIA. Oh! sí, sí: lo evitaré.
CAPITAN. Mas cómo conseguireis...?
MARIA. Capitan, ya lo vereis.
CAPITAN. Estais contenta?
MARIA. Si, á fe.—
Pero viene la condesa;
dejadme con ella hablar.
Id, hasta luego; daos priesa.
CAPITAN. Oid Maria...
MARIA. Qué! os pesa?

CAPITAN. (Ser esclavo! esto es amar!)

ESCENA XI.

MARIA, *la* CONDESA.

CONDESA. Nada puede distraerme;
todo aumenta mi dolor.
Pero ¿tú aquí, prima mìa?
MARIA. Si, que esperándote estoy.
No sabes lo que padezco!
CONDESA. No adivino la razon.
MARIA. Sabes qne tímida he sido
eternamente, Leonor.
CONDESA. Y por qué me dices eso?
MARIA. No me comprendes?
CONDESA. Yo no.
MARIA. Se va el conde en esta noche?
CONDESA. Sí, muy pronto.
MARIA. Qué afliccion!
solas en este castillo,
dí, ¿qué será de las dos?
—Todas las tropas se lleva
del rey don Alfonso en pro,
y el peligro no conoce
en que nos deja, Leonor.
CONDESA. Peligro! No se María...
MARIA. Y muy grande, si por Dios:
si del rey los enemigos
saben que aquí nos dejó
para ayudarle en la guerra...
CONDESA. Maria, tienes razon;
pero ¿cómo hemos de hacer?
MARIA. Eso quiero decir yo.
Con el capitan Mendoza,
—pues conoces su valor,—
y algunos soldados mas,
no temiera el corazon.
CONDESA. Pues bien, se lo diré al conde:
yo tambien tengo temor...
MARIA. Y alcanzarás?
CONDESA. Sí, María,

que tan justa pretension
el conde concederá,
—pero ¿no es esa su voz?—
Oh! déjanos solos, prima.

MARIA. Mas no olvides por favor...
CONDESA. Descuida, se lo diré.
MARIA. Pero Mendoza...
CONDESA. Sí, Adios.
MARIA. (Oh! ya lo veis, capitan.
Qué no consigue el amor?) (*Váse.*)

ESCENA XII.

La CONDESA, *el* CONDE.

CONDESA. Fernan Nuñez...!
CONDE. Condesa...
CONDESA. Con que vais á partir! ¡qué desconsuelo!
CONDE. Honor me manda tan sagrada empresa,
y la voz del honor es voz del cielo.
Mas antes de partir quiero abrazarte
y respirar tu perfumado aliento;
no se cansan mis ojos de mirarte,
que tengo un corazon para adorarte,
como el águila altiva al raudo viento.
Encanto de mi amor, tu pecho hermoso,
¿no siente al escuchar mi voz amante
que en tu seno se fija candoroso,
el temblor del capullo que oloroso,
recibe el beso de la brisa errante?
CONDESA. Sí, Fernan Nuñez, sí: mi alma enloquece
al escuchar tu apasionado acento,
que un mundo de placer mágico ofrece,
y embriagada de amor... ¡Ay! me parece
que se abre ante mi vista el firmamento.
Por eso de mis ojos desprendida
una lágrima corre de amargura,
hija triste de triste despedida;
que el verte, conde, para mí es la vida,
y ya voy á perder esa ventura.
CONDE. Pronto, bella Leonor, vendré á tu lado
volando en alas de mi amor ardiente

de laureles y mirtos coronado,
á poner mas que nunca enamorado
un mirto y un laurel sobre tu frente.

CONDESA. Un mirto y un laurel! guirnalda hermosa
que cien ayes y cien mal comprimidos,
habrá costado á tu infeliz esposa.
Un mirto y un laurel! prenda amorosa
que arranca al corazon tantos gemidos.

CONDE. Que no lleve tus lágrimas amargas
hiriendo el corazon en la pelea:
cesa pues de llorar, Leonor querida;
serenos otra vez tus ojos vea.
Brille tu frente despejada y pura,
gloria del corazon, del alma gloria:
oiga tu acento como siempre hermoso,
mas grato para mí que la victoria.

CONDESA. Sí, sí: Fernan, tu honor es lo primero:
no te cuides de mí; el clarin te llama;
valiente caballero
asombra al mundo con tu heróica fama.
No lo ves? ya mi frente está serena:
me ha devuelto tu voz la dulce calma;
y de pesar agena,
tu gloria mas que todo anhela el alma.
Estás contento ya? Te adoro tanto!
Olvida para siempre mi amargura;
mi bien y mi ventura,
es tu bien nada mas, se acabó el llanto.

CONDE. Leonor, Leonor querida,
vuélvemelo á decir, mi pecho inflamas:
yo le siento latir con doble vida;
repítelo otra vez, dí que me amas.

CONDESA. Sí te amo! no es amor es un delirio:
delirio inesplicable
en lo inmenso tan solo comparable
de que tú no me amáras al martirio.

CONDE. Oh! muger celestial, bendita seas!
yo tambien como tú de amor deliro.—
Encanto de mi vida, qué deseas?

CONDESA. Con tu amor nada mas feliz me miro.—
Mas, ah! no sé... confusas las ideas...
tenia que rogarte...—Ah! que Mendoza

se quede en el castillo: tengo miedo:
tus rivales sabrán que sola quedo,
nombre de bravo en la comarca goza,
y tranquila sin él estar no puedo.

CONDE. Aquí se quedará, no temas nada;
que de su gente y su valor cercada,
mas segura estarás, yo te lo abono
que el mismo rey en el escelso trono.
Mas tengo que dejarte; la hora llega
y es forzoso partir.

CONDESA. Adios Fernando.

CONDE. Si el hado á mi valor la palma niega
al ciele santo por tu esposo ruega. (*Váse.*)

CONDESA. Acaso por los dos están rogando.

ESCENA XIII.

La CONDESA.

Oh! ya partió... Dios mio!
vuelva á mis ojos el acerbo llanto:
Ya no puede enfrenar su heróico brio...
Sed, lágrimas dolientes,
válsamo al corazon que sufre tanto.
Mil suspiros ardientes,
vagarán en mi lúgubre morada;
de luto y de afliccion siempre cercada
á solas pasaré la noche oscura,
sin que la luz del sol ni el claro día
mitiguen un momento la amargura
que devora incesante el alma mia.
—Pero quién es?

ESCENA XIV.

La CONDESA, MEN FORTUN.

FORTUN. Señora...

CONDESA. Men Fortun, Men Fortun! partió ya el conde?

FORTUN. Yo le he visto partir.

CONDESA. Y qué?

FORTUN. Contento;

seguido de su gente vencedora,
ligero como el viento.

CONDESA. Contento?

FORTUN. Qué os sorprende?
en su rostro brillaba la alegría,
y el placer en sus ojos encendidos;
que el silencio y la paz mucho le ofende
y le placen los bélicos sonidos.

CONDESA. Oh! no lo digas, no: Fernando siente
alejarse de mí; yo su ventura
mi amor es su esperanza solamente;
y aunque alarde él hiciera de bravura,
es que la herida de su pecho ardiente
velar al mundo con afan procura.

FORTUN. Tanto le amais!

CONDESA. Sí, mucho.

FORTUN. Oh! tened compasion, y ved, señora,
los acerbos dolores con que lucho.

CONDESA. No comprendo, Fortun...

FORTUN. Encantadora,
sublime y celestial os he mirado,
y con pasion ardiente
frenético, condesa, os he adorado,
y amor y solo amor el alma siente.

CONDESA. No lo acierto á creer! en tus miradas
la infame alevosía, el crímen leo:
aun resuenan del conde las pisadas,
el eco de su voz aquí resuena,
y ultrajarle atrevido yo te veo.
De justa indignacion el alma llena
castigarte debiera con encono;
pero ha sido un delirio de tu mente,
y por loco Fortun te le perdono:
aléjate de aquí, mi enojo siente.

FORTUN. Alejarme de vos! oh! nunca, nunca:
escuchadme condesa; no sabeis?..
la paz del corazon, dicha, esperanza,
todo el amor en la existencia trunca,
inclinando á su lado la balanza.
Disipad si podeis,
el mundo de ilusiones que aquí siento:
al pecho amante devolved la calma;

y sin esta pasion que es mi tormento
respeto y nada mas os tendrá el alma.—
El destino por siempre me ha negado
la muerte que en la lid el bueno alcanza;
aunque elegre y con fe yo la he buscado,
como busca el marino de bonanza
una estrella en el mar alborotado.
El retiro, la corte, nada, nada
me separa de vos; en mi memoria
os veo á mi pesar siempre encantada;
y es en vano luchar, noble condesa,
vuestro amor es mi gloria,
y á mi vida sin él, todo le pesa.

CONDESA. Oh! Calla! calla! en tu incesante vuelo,
águila altiva, y tu arrogancia estrema,
te quieres levantar al alto cielo,
sin ver que el rojo sol tus alas quema.

FORTUN. Condesa meditad...

CONDESA. Lo he meditado:
mi enojo y mi desprecio es tu esperanza.

FORTUN. Escuchad por favor!..

CONDESA. Nunca menguado! (*Váse.*)

FORTUN. Desprecia mi pasion! Cielos! venganza!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA PRIMERA.

El CAPITAN MENDOZA, ALVAR.

CAPITAN. Viste anoche á la condesa?
ALVAR. No señor: es un misterio
todo lo que pasa aquí,
que yo comprender no puedo.
CAPITAN. Ni yo por mas que me afano,
acabo de comprenderlo.
El conde loco la amaba
cuando á las lides partiendo,
me encargó en este castillo
guardar su tesoro inmenso;
y por sus mejillas vi
una lágrima corriendo
cuando al despedirse dijo:
—«á tu espada y tu denuedo
«Capitan, mi fe confia
«lo que en el mundo mas quiero.»—
De amarga ausencia pasaron

pocos dias, y no acierto
porque al volver al Castillo
la trata con tanto ceño...
Has dicho bien, lo que pasa
es un horrible misterio,
que yo descubrir quisiera
aun mi cabeza esponiendo:
mas del carácter del conde,
como el huracan violento,
alguna triste desgracia
vive Dios, Alvar, que temo.

ALVAR. Si en la corte habrá tenido...

CAPITAN. Qué locura! ni por pienso;
el infante á Toro vino
y el monarca justiciero,
la muerte le dió, librando
de aquel tigre á nuestro suelo;
por eso el conde debia
al volverse, mas contento
gozar con su noble esposa,
de la paz que nos da el cielo.
Cuando hace poco le hablé,
asaz se mostró severo;
y en sus ojos advertí,
yo no se que de siniestro:
entre sus labios vagaba
la sonrisa del infierno;
y volviendo el rostro dijo,
salid, Capitan, muy presto
de la justicia del conde
quedareis bien satisfecho.—
Y estas terribles palabras,
aquí clavadas las tengo,
y en un mar de confusiones
meditabundo me pierdo.

ALVAR. Pues no hay duda, Capitan,
que es buen agradecimiento;
despues que vos por su esposa
la vida audaz esponiendo
á su vista os presentais,
trataros con tal despego.

CAPITAN. El no sabe lo que hice,

ni yo que lo sepa quiero:
que lo que hice por su esposa,
por cualquiera hubiese hecho.

Alvar. ¡Siempre sois tan generoso
Capitan, siempre tan bueno!
—pero qué apurada estubo!
Oh! acordándolo tiemblo!
—Los caballos disparados
por la tormenta y los truenos;
la noble condesa, sola,
ó conmigo que es lo mesmo,
porque en un árbol subido
solo llamaba á los perros,
y la vocina tocaba
por llamar á los monteros;
enfrente de ella la fiera
ensangrentada rugiendo,
y la condesa temblando
con los ojos en el cielo....
—furiosa la fiera avanza;
y en el mismo instante, el viento
á sus entrañas zumbando
la trajo el venablo vuestro.
Entonces os vi llegar,
al potro el hijar hiriendo;
sobre sus crines tendido,
los ojos brotando fuego:
la condesa alborozada
mi salvador os diciendo,
vuestro pecho adornó al punto
con la banda de su pecho:
yo tambien os dí un abrazo,
y—¡viva!—todos digeron.

Capitan. Calla por Dios! no me traigas
á la mente ese recuerdo.

Alvar. Solo el doncel, Capitan,
no gozó en aquel momento.
Os acordais de sus ojos?
Con la rica banda al veros,
ardientes chispas brotaban
señal de envidia y despecho.

Capitan. Tienes razon: desde entonces

no se lo que en él advierto.

ALVAR. Mucho de malo, señor;
tened siempre de él recelos,
porque ó yo me he vuelto loco,
ó Men Fortun se lo ha vuelto;
y como ama á la condesa
tan osado y descompuesto,
piensa que vos...

CAPITAN. El amarla!
malicioso como viejo.

ALVAR. Vaya: que Dios me perdone
estos malos pensamientos,
lo conozco; algunas veces
soy malicioso, y...

CAPITAN. Muy necio.

ALVAR. (Vámonos fuera: parece
que no es el humor muy bueno.)
Capitan. Qué me mandais?

CAPITAN. Que te marches

ALVAR. Al momento. (*Vase.*)

ESCENA II.

El CAPITAN MENDOZA.

Pronto llegará María:
ojalá que su hermosura
mitigue la pena mia,
y estas horas de amargura
trueque en horas de alegría.
Oh! Condesa desgraciada!
si la fuerza de mi espada
puede aliviar tu tormento
dilo pronto, que tu acento
será ley de mí acatada.

ESCENA III.

El CAPITAN MENDOZA, MARIA.

MARIA. Capitan...

CAPITAN. Encanto mio...

Porqué tan triste?

MARIA. No se.

CAPITAN. La condesa...

MARIA. No pensé,
del conde tal desvarío.
En largo dolor sumida
la infelice triste llora;
que es un tormento su vida
sin el hombre en quien adora.
Y cuando ella le esperaba
sufriendo en afan contino,
ay! cruel la reservabá
tanto penar el destino.
El conde la rechazó
de sus brazos iracundo,
y sus lágrimas no vió,
ni vió su dolor profundo.

CAPITAN. Pero que motivo tuvo...

MARIA. Capitan, nadie lo sabe.

CAPITAN. Ligero el buen conde estubo.
que en ella maldad no cabe.
Mas no debeis vos llorar.

MARIA. Y cuando la oigo gemir,
¿Podré yo mas que penar
y que con ella sufrir?

CAPITAN. Oh! no perdais la esperanza;
como lo sufro, no se:
mi esfuerzo todo lo alcanza,
si es preciso venceré.
Yo la he visto pura y bella,
y á no adoraros Maria,
os juro por Dios que á ella
con pasion la adoraria.
La verdad: no tengais celos;
yo no puedo amar á dos,
pero bien saben los cielos
que es tan pura como vos.
Mas ya veis: yo me estravío,
verla dichosa quisiera,
Dios puso en el pecho mio
el bronce junto á la cera.

MARIA. Solo vos la conoceis;

todos huyen de su lado:
solo vos la defendeis,
solo vos, no sois menguado.
Villanos aduladores
de su esposo en la presencia
por conquistar sus favores
aun dudan de su inocencia.

CAPITAN. Callad, el pecho se abrasa
por la cólera indignado:
esto entre los hombres pasa!
Hay aquí tanto malvado!
Id, consoladla María;
y juradla por mi fe,
que es suya la vida mia
y por ella la daré.

(*El conde que se acerca se detiene al paño oyendo hasta el fin de esta escena.*)

MARIA. Adios pues.

CAPITAN. Que deje el lloro;
que en Dios y en mi brazo fie,
y entregadla este tesoro (*La da un anillo.*)
porque mas en mí confie.
Al espirar me le dió
mi madre bañada en llanto;
y pues tanto me costó,
por él, lidiaré yo tanto.
Y si loco en su camino
la trata el conde altenero,
que apele al juicio divino
yo seré su caballero.

MARIA. Bien, Mendoza: le diré...

CAPITAN. No será mi oferta vana;
¿cuándo á veros volveré,
esta noche?

MARIA. No, mañana. (*Vánse por lados distintos.*)

ESCENA IV.

El CONDE *solo.*

Juicio de Dios! Ja! Ja!
de que la sirve tu traidor acero?

el cielo á la Condesa juzgó ya,
y la mancha del Conde lavará,
con sangre el cabellero.
Fortun, Fortun!

ESCENA V.

El Conde, Men Fortun.

Fortun. Señor...
Conde. Ven á mi lado, ven: no me has mentido;
la historia pura de mi limpio honor,
tiene una mancha que lavar te juro.
Fortun. Con la sangre no mas del fementido
vuestro honor quedará sin manchas puro.
Pero acaso señor, el tierno llanto,
los suspiros podrán de la Condesa
mitigar ese ardor que os honra tanto,
y en medio os detendrán de vuestra empresa.
Conde. Detenerme Fortun! te has engañado:
los suspiros? Jamas. No me conoces?
la venganza es el bien que me ha quedado;
ya no tengo en el mundo otra esperanza,
ni yo escucho sonar aquí otras voces,
que sangre y que venganza.
Es verdad, Men Fortun, yo la adoraba
y loco presumia
que mi amor, con su amor tierna pagaba
y era el Eden de la existencia mia.
Muchas veces en medio á sus caricias,
vi vagar una sombra de tristeza,
y mi frente con lágrimas bañaba,
y sus lágrimas eran mis delicias!
tesoro de terneza,
sus lágrimas amaba.
Aquel llanto, Fortun, era abrasado:
voraz remordimiento
prensaba el corazon, que abergonzado,
comprimido latia
señal de su perfidia y su tormento,
y del negro baldon de la honra mia.
No le has visto salir? en su locura,

la ofrece de su brazo la pujanza.

FORTUN. Por mi lado pasó de orgullo lleno,
y en su rostro vi escrita la esperanza.
Velando en vuestra ausencia,—ya os lo he dicho,—
el amor sorprendí que os ultrajaba.—
Vuestro honor Fernan Nuñez es el mio,
y el silencio con vos me mancillaba.
Cumplí con mi deber, y solo temo...
—no ofenderos señor: quizá en mal hora
con amoroso estremo
llegará la condesa; encantadora
hará en vos renacer con blando acento
de nuevas ilusiones
fantástico raudal, de pena exento:
y su voz, su mirada,
la luz fascinadora de sus ojos
el brillo de su frente nacarada,
arrastrarán el alma por despojos
cual siempre enamorada,
denso velo tendiendo en la memoria:
y traidor al doncel llameis acaso,
y otra vez la condesa vuestra gloria,
su pureza y amor, no tendrá ocaso.
Pero entonces señor...no lo olvideis:
la prez de vuestros ínclitos abuelos
manchada quedará.
Y en vano es que la paz luego busqueis;
su maldicion resonará en los cielos,
terrible en vuestro pecho sonará.

CONDE. Ten la lengua, Fortun...Oh! no prosigas:
sino quieres morir, nunca lo digas.
Sus lágrimas! Qué son?
padron de infamia que en sus ojos brilla;
de mi nombre baldon.
Para el cobarde que mi honor mancilla,
para la torpe esposa, al cielo plugo,
dar al conde Fernan una cuchilla,
y corazon de hierro á su verdugo.
Pero quiero estar solo, yo me abraso,
aléjate Fortun; aquí en la mente,
algo siento de horrible que me pesa,
una sombra infernal tengo presente;

por do quiera que voy, me sale al paso,
y con su luz el corazon me espanta.

FORTUN. (Te perdiste, condesa,
la sombra de los celos se levanta!)

ESCENA VI.

El CONDE.

La ilusion! el placer! todo mentira:
Y tú fuiste Leonor! tú, mi esperanza!...
aun tu recuerdo en mi memoria gira...
Por tí blandiendo la robusta lanza
laurel en los combates adquiría;
para adornar tu frente
embriagado de amor... Pobre demente!
toda mi sangre con placer vertía.
Mas...Ay! su sombra es esa...
no te ocultes de mí...no: yo te veo,
en tu pecho mi escudo retratado!—
Oh! la banda infernal de la condesa!
—Pero, dónde se fue? se ha disipado!
si soñando estaría!
aprension de la mente...devaneo!
soñando estaba la cabeza mia.
(*Se deja caer sobre un sillon.*)

ESCENA VII.

El CONDE *y la* CONDESA, *que pálida y enlutada, se acerca pausadamente con marcadas señales de abatimiento y de tristeza.*

CONDESA. Señor conde.
CONDE. (*Reponiéndose.*) Sois vos? venid señora:
por qué esa turbacion? en mi presencia,
no os he visto jamas tan demudada:
pero está en vuestra frente seductora
cual siempre retratada...
CONDESA. Acabad por favor...
CONDE. Vuestra conciencia.
DONDESA. Mi conciencia, Fernan; sí, yo lo admito;
y siempre como el sol radiante, y pura

—con orgullo, señor, os lo repito,—
ninguna mancha la oscurece impura.
Valiente os conocí; por caballero,
por noble y por bizarro os aclamaban
y aplausos conquistaba vuestro acero,
que en mi pecho amoroso resonaban.
Vos pedisteis mi mano,
y ante el altar juré, ser vuestra esposa:
la fe que os prometí, no ha sido en vano
que siempre á vuestro lado fuí dichosa.
Salisteis del castillo, y vuestro acento
amor, y solo amor tierno decia,
y mi acento tambien, Fernan, doliente,
amor y solo amor os repetia:
y en mi frente mirábais el tormento,
y el tormento miraba en vuestra frente.
Volvísteis á mi lado desdeñoso:
mis brazos os tendía,
y vos los rechazásteis enojoso,
cuando menos mi amor lo presumía,
cuando muy mas amante os esperaba;
desde entonces...apenas me hais hablado;
pero siempre cruel, vuestra sonrísa,
el triste corazon me ha devorado.
Ya el continuo gemir, me desvanece,
sufrir no puedo mas, Dios es testigo:
tened piedad de vuestra pobre esposa,
matadme si quereis, y yo os vendigo.

Conde. Bien, señora, muy bien: vos lo habeis dicho,
es verdad, es verdad; yo os adoraba;
tambien os conocí, pura, inocente,
cuando justa la corte os admiraba.
Tesoro de virtud y de terneza
con afan anhelé ser vuestro esposo;
la fe que os prometí, no os ha faltado,
que tambien como vos era dichoso.
Sagrado mi deber, me llamó al campo
al eco de la guerra y la victoria:
y el cielo me dió en él, con sangre tintos,
laureles para vos, para mí, gloria.
Al volver al castillo, oid, Condesa;
la flor que aquí degé, marchita estaba,

y fatídico aroma me ofrecía,
que veneno en mi sangre derramaba.
Esa flor, erais vos, blanca paloma
que lleva airado el huracan que zu mba,
flor que despide su infestado aroma
sobre el espacio mismo de su tumba.
Oh! sí, sí: lo será, no lo dudeis,
en su recinto lúgubre ocultado
mi baldon quedará, me conoceis,
es el conde Fernan de honor dechado.

CONDESA. El aroma! La flor! mentís, Fernando
me habeis estremecido:
y si me veis á mi pesar llorando,
es que siento en el pecho enardecido
un fuego que me abrasa lentamente,
que me está las entrañas devorando,
como negro volcan de lava ardiente.
Yo no quiero piedad; de mi conciencia
solo puede ser juez el alto cielo:
en su libro está escrita mi inocencia;
al juicio de ese Dios que nos vé apelo.

CONDE. Al juicio de ese Dios! le profanais
invocando su nombre el labio impuro.
En su brazo insensata confiais?
pero no os salvará, que yo os lo juro.
No habrá campo ni lid: de su pujanza
no podrá el fementido hacer alarde,
que mi verdugo romperá su lanza...
decídselo, señora, que ya es tarde.
—Pero no es ilusion! en vuestra mano
vos la prueba llevais de mi deshonra!
ese anillo fatal, de amor insano
de perfidia y maldad es prenda horrible:

CONDESA. Oh!

CONDE. Sí, pide mi honra
vuestra sangre, venganza,
y yo escucho sonar su voz terrible,
como el eco de dicha y de esperanza.

CONDESA. Escuchad! escuchad!

CONDE. Basta, señora

CONDESA. Piedad!

CONDE. Ola, doncel! en el momento

llevadla á la prision: llegó la hora...

ESCENA VIII.

Dichos. MEN FORTUN, ALVAR *y un criado, poco despues,* MARIA. —*La* CONDESA *al ver á* MEN FORTUN *dice.*—

CONDESA. Men Fortun! Men Fortun! Oh! que tormento!
(*Cae desmayada sobre un sillon; Fortun al cogerla ayudado del criado, dice.*)
FORTUN. Lo he cumplido, Leonor, ya soy dichoso!
(*El conde permanece en el dintel de la puerta, hasta que sale la Condesa: Alvar queda solo en la escena y viéndola salir dice.*)
ALVAR. Se la lleva el doncel! pobre Condesa!
luego dicen que Alvar es malicioso;
Men Fortun en privanza y ella presa...
—Mas quién viene?
Sale María. Alvar, Alvar.
ALVAR. Oh! qué me mandais señora?
—pero dejadme llorar:
siento en el alma un pesar...!
—tan jóven, tan seductora...!
MARIA. Quién dices?
ALVAR. Quién? la Condesa.
MARIA. La Condesa, dónde está?
ALVAR. Señora en la torre presa;
no sabeis lo que me pesa...
sin juicio me siento ya.
MARIA. Presa Leonor! cielo santo!
¿en qué te hemos ofendido,
para padecer hoy tanto?
Oh! piedad yo te la pido,
bañada en acerbo llanto.
Verdugos... la matarán...!
yo quiero verla, abrazarla:
—dónde estará el Capitan?
él, calmando nuestro afan,
tan solo puede salvarla.
ALVAR. ¡Escelente pensamiento:
su valor á todo escede.
—Voy á buscarle al momento;

pero, él llega...

ESCENA IX.

Dichos, el CAPITAN MENDOZA.

CAPITAN. Qué sucede?
MARIA. Mendoza...!
CAPITAN. ¿Qué sentimiento
anubla tu faz, María?
acaba por compasion.
MARIA. Capitan, lo que temia...
presa está la prima mia;
ha triunfado la traicion.
CAPITAN. Cobarde traicion á fe,
que ya es fuerza descubrir,
y que yo descubriré,
ó en la empresa moriré;
que imposible es resistir
de la virtud al clamor,
cuando en el pecho se siente
la gratitud, el valor.
ALVAR. Sois siempre el mismo, señor,
agradecido y valiente.
MARIA. Pero no habeis meditado
que no hay tiempo que perder?
el conde á todo arrestado...
ALVAR. En efecto: bien pensado.
CAPITAN. Pero qué medio oponer...?
MARIA. Y vos no le discurris?
la Condesa de afliccion
tal vez muera en la prision...
—de qué luego la servís?
CAPITAN. Maria, teneis razon.
Es un rapto de locura
el furor que el Conde siente:
y aunque siempre mi bravura
su voz acató obediente,
con entusiasmo y fe pura,
hoy me late el corazon
y no le obedecerá;
cuando vuelva á la razon,

tal vez mi resolucion
justamente alabará.
Yo les diré que está loco:
alzaré la gente mia,
y por salvarla, Maria,
os juro que tendré en poco
del Conde la saña impía.

ALVAR. Oh! bien dicho, Capitan.

MARIA. Id: vuestro premio es mi amor.

ALVAR. (*A María.*) Ya se acabó vuestro afan.

CAPITAN. Si, se acabó: ¡voto á San...
para esto se hizo el valor!

(*Al salir el Capitan, aparece el Conde en la puerta del fondo y con los brazos cruzados le mira de hito en hito.*)

ESCENA X.

Dichos el CONDE.

CAPITAN. El Conde!

CONDE. Qué os altera?
—despejad... (*A Alvar y á María.*) (*Vánse.*)

CAPITAN. Señor...

CONDE. Oh! callad, cobarde:
la mirada altanera,
no en mi vista villano levanteis,
de impotente valor haciendo alarde,
ó polvo entre mis brazos hoy sereis.

CAPITAN. Cobarde me llamais! á tanta mengua
de un hidalgo el acero audaz responde:
enfrenad vuestra lengua,
y ved que es mucho lo que ofende el Conde.
Mi gefe, mi caudillo, yo os venero;
y siempre vuestra voz fiel he acatado:
pero antes que soldado,
el Capitan Mendoza es caballero.
Cuando escucha gemir á la inocencia,
se lanza en el combate, no repara:
ni le arredra señor vuestra presencia,
ni el mismo Alfonso Onceno le arredrara.
Frente á frente los dos, no hay gerarquía,
iguales son para la lid los nombres:

no se miden los hombres,
por blason mas ó menos de hidalguía.

CONDE. Menguado ¡vive Dios! baja la frente!
tu señor es el Conde: en sus pisadas,
sepulta delincuente,
ese fuego infernal de tus miradas.

CAPITAN. El Conde mi Señor! habeis mentido!
con mi brazo y la ayuda de mi gente,
como hidalgo y no mas os he servido.
—Pero vos me insultais! cobarde esclavo
el solar de Mendoza no mantiene:
ya no hay entre los dos tregua posible,
y el escudo del Conde manchas tiene.
El cobarde sois vos, mal caballero:
las manchas vuestra infame cobardía;
cruzad conmigo el rutilante acero,
y pedazos le hará la espada mia.

CONDE. Yo bajarme hasta tí! nuestros aceros
soñaste en tu locura ver cruzados!
El Conde te desprecia.—Sus, guerreros!
Matad á ese traidor.

ESCENA XI.

Dichos, algunos soldados del CONDE.

CAPITAN. (*Presentándoles el pecho.*) Herid, soldados!
(*Los soldados retroceden al conocer al Capitan.*)
(*Al Conde.*)—Ya lo veis, ya lo veis: yo su caudillo
cien veces los conduge á la victoria.—
Bien, soldados, muy bien. (*Al Conde*) Este castillo
el sepulcro será de vuestra gloria.

CONDE. Villanos! le seguís!—Lidia conmigo,
sin tregua ni traicion; he de vencerte.

CAPITAN. En el campo Fernan.

CONDE. Tu gloria es esa?

CAPITAN. Para lídiar contigo,
la banda elevaré de la Condesa.

CONDE. Su banda tu pendon! Oh! esto es la muerte!

(*El Capitan Mendoza que se habrá arrancado la banda del pecho, saldrá con ella en la mano seguido de los soldados.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

El teatro representa un salon del castillo con dos balcones en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, ALVAR.

MARIA. Y bien,—Mendoza...?
ALVAR. Le ví,
señora: la carta vuestra
leyó con una mirada
y me dijo:—«Que no tema:
«al momento que la noche
«la luz del sol oscurezca,
«yo en el castillo entraré,
«aunque allí la vida pierda.»—
MARIA. Y no faltará, no es cierto?
ALVAR. Señora, tened la lengua:
que ofendeis al Capitan
dudando de esa manera.
De que vendrá estoy seguro,
sin que nada le detenga,
que por cumplir su palabra,
su sangre toda vertiera.

MARIA. Lo sé, lo sé: buen Alvar.
ALVAR. Comprendo las ansias vuestras;
pero nunca os apureis
mientras Mendoza os proteja.
MARIA. Y de Fortun...?
ALVAR, Oh! me dijo
con una furia siniestra,
—«es preciso que su sangre
furiosos mis perros beban!»—
MARIA. Baja la voz, te lo ruego,
hasta las sombras me arredran.
ALVAR. Teneis razon, no nos oiga,
y conjure la tormenta
que en derredor de su frente
las negras alas desplega.
—Mas decidme, señorita,
y el Conde cómo se encuentra?
MARIA. No podemos comprenderle;
trastornada la cabeza,
desque salió el Capitan
á sus delirios se entrega.
Mandó la prision abrir
de la afligida Condesa,
y unas veces loco amante
entre sus brazos la estrecha;
otras veces la rechaza,
y jura que la detesta,
y otra vez la llama ansioso,
y otra vez vuelve á ofenderla.
Solo Fortun con él tiene
siempre la misma influencia.
ALVAR. ¿Y no procura evitar
que el señor Conde la vea?
MARIA. No puede, no: que del Conde
el delirio se apodera,
y entonces pide anhelante
la vision de la inocencia,
y su furor no se calma
hasta que ve á la Condesa.
ALVAR. —Dios que todo lo dispone...!
el diablo entonces no impera
del buen señor en la mente,

y por eso el ángel reina.
Aunque el Conde tanto sufre,
bendito el delirio sea;
que á no ser por eso, acaso
en su prision la Condesa,
entre suspiros y llanto,
loca de pesar muriera.
No sufriéramos así
si de mí caso se hicieran;
siempre de él recelos tuve:
maldiga Dios su conciencia!

MARIA. El que ve nuestros dolores
tendrá piedad.—Mas quién llega?

ALVAR. Consoladla, señorita;
ved que viene la Condesa. (*Váse.*)

ESCENA II.

La CONDESA, MARIA.

MARIA. Dios mio! su mirada,
penetra el corazon, la sangre hiela.

CONDESA. (*Sin reparar en Maria.*)
¡Siempre de luto y de dolor cercada,
esta mansion para el placer creada,
donde el genio del mal sangriento vuela!

MARIA. Desgraciada Leonor!

CONDESA. Oh! prima mia...

MARIA. Procura descansar; y la honda pena,
el continuo gemir; esa agonía
no aumentes con tu llanto dolorido:
que tal vez pronto brillará serena
la mansion que el dolor ha ennegrecido.

CONDESA. Oh! qué dices? ¿podrá mi desventura
tener fin algun dia? no lo creas!
A mi eterno dolor y mi amargura,
tributo eterno pagarán mis ojos:
nunca blanco infeliz del hado seas!
nunca sientas, Maria, sus enojos!
Dichosa mi existencia, tú lo sabes,
un fantástico sueño parecia,
do placeres sin fin, puros gozaba,

y todo á mi ventura sonreía.
En mal hora el doncel...—Oh! me enloquece
su recuerdo no mas: calumnia horrible
de sus labios brotó: su pecho impuro
en vengar mi desden fué bien terrible.
—Y sabes lo que sufro? yo le veo
al Conde fascinar con su mirada.
Oh! Quién me librará de sus furores?

MARIA. Acaso pronto quedarás vengada.

CONDESA. Vengada! será cierto?—no María;
tú calmarme procuras, mas en vano.

MARIA. Escucha por favor. Ves mi alegría?
Es que un ángel nos tiende ya su mano.
A Mendoza escribí: su fuerte acero
del vil nos librará, que ardiendo en ira
cuando mi carta vió, buen caballero
juró venir aquí. ¿Por qué suspira
tu triste corazon? ¿De su pujanza
dudarás un instante?

CONDESA. No, que venga.
Dios le premie su afan.

MARIA. Ten esperanza.

CONDESA. Esperanza! de qué?—que se detenga!
que no llegue hasta aquí! su noble vida
pudiera peligrar; solo, sin gente,
mañana lloraremos su venida.

MARIA. Oh! no temas, Leonor, que se presente.
Las puertas le abrirán; está ganado
del Conde el adalid; yo que le adoro,
ni un instante en llamarle he vacilado;
no peligra su vida, deja el lloro.

CONDESA. Es verdad! es verdad! Oh! prima mia,
con qué podré pagar tanto desvelo?

MARIA. Con tu amor nada mas.

CONDESA. ¡Tú en alegría
al fin vas á trocar mi amargo duelo!

MARIA. No te agites por Dios; Leonor, espera.
A ver al adalid otra vez voy.

CONDESA. Toda mi sangre por tu dicha diera.

MARIA. Si dichosa eres tú, dichosa soy. (*Váse.*)

ESCENA III.

La CONDESA.

Muger angelical! cuánto la debo!
Incesante en el bien, mi bien procura.
(*Despues de un momento de pausa dice.*)
Al Conde quiero ver, y no me atrevo,
aunque verle y amarle es mi ventura.
Con mi vista se aumenta su martirio
si en calma la razon pensar le deja:
solo quiere estrecharme en el delirio,
cuando el genio del mal tiembla y se aleja.
¡Amarle y anhelar su desvarío,
y la fiebre mortal que le devora!
Oh! ten piedad de mi dolor, Dios mio!
Mas quién llega hácia aquí?

ESCENA IV.

La CONDESA.—MEN FORTUN.

FORTUN. Soy yo, señora.
CONDESA. Fortun! ¡mi desconsuelo
no os mueve á compasion! ¿Quereis que apure
la copa del pesar? ¿quereis que el duelo
no abandone mis ojos un instante?
¿que eterno mi dolor por siempre dure
y que agote mi espíritu anhelante?
Incansable sereis!
los ojos levantad, y estos salones
donde el fausto brillaba, los vereis
en mansion convertidos de tormento,
do el eco de las tristes oraciones
solo murmura misterioso el viento.
¡Piedad, piedad os pido,
del Conde que os amó, no de mi llanto!
FORTUN. Es en vano gemir, lo he decidido,
y tambien como vos, Condesa, os juro
que sufro sin cesar.
CONDESA. Oh! me da espanto!

Vuestros labios sellad, de fuego impuro
los ojos abrasados,
me ofenden con su luz que el crímen dora,
al fijarse en los mios apagados.
Salid de mi presencia, yo os lo ruego.

FORTUN. Que os deje me rogais! Vedlo, señora;
brotan mis ojos de mi pecho el fuego.
Os amo, lo sabeis,
con ardiente pasion: nada en el mundo
me hará retroceder, me conoceis:
calmad con vuestro amor la pena mia,
porque de ese pesar, hondo, profundo,
al fin solo hallareis la tumba fria.
Pero allí os amaré, sí: no os asombre;
mientras lata mi pecho enardecido,
repetirá constante vuestro nombre,
y una ofrenda os será cada latido.

CONDESA. Ofrenda de venganza
y de crímen no mas tu ofrenda sea;
ya no temo tus iras: mi esperanza
con tu maldad se acrece; ruegos vanos
al tigre no contienen que desea
su perfidia saciar.

FORTUN. Solo en mis manos
vuestra dicha teneis.

CONDESA. Te engañas, Men Fortun.

FORTUN. Decid; ¿en dónde
consuelo á vuestro mal encontrareis?
Un pobre delirante, que ni es fuerte
ni resiste á mi voz; ese es el Conde.
—O me dais vuestro amor, ú os doy la muerte.

CONDESA. La muerte! no.

FORTUN. Callad.

CONDESA. Oh! yo enloquezco:
Me espanta ese puñal.

FORTUN. Decid, señora;
me negais vuestro amor?

CONDESA. Sí, os aborrezco!

FORTUN. Pues al cielo rogad!

ESCENA V.

Dichos, el CONDE *que pálido, desencajado con todos los ademanes de una exaltacion mental, entra en la escena cuando* FORTUN *va á herir á la* CONDESA.

CONDE. Fortun... Quién llora?
CONDESA. Fernan Nuñez... Piedad!
CONDE. Qué es lo que haceis?
CONDESA. Señor...
FORTUN. (Perdido soy!)
CONDE. Siempre lágrimas! siempre! no lloreis...
—dicen que loco estoy...!
CONDESA. Libradme de ese hombre!
FORTUN. (*A la Condesa.*) (Sed prudente.)
CONDESA. Me estremece su voz...
CONDE. Y qué te dice?
Ja! ja! ja! nada temas; te protejo...
Contigo soy felice.
No lo ves? no lo ves? ya no te dejo.
—Desgraciado de aquel...
FORTUN. (¡Pobre demente!)
CONDE. Me han dicho que me engaña, desvarío!
pero quién eres tú? yo no recuerdo...
FORTUN. Tu esposa, tu Leonor.
CONDE. Oh! tengo frio!
No te alejes de mí... sí: ya me acuerdo:
á tí se parecia...
—no separes de mí tus ojos bellos!
los de la hermosa mia,
son lo mismo. Es verdad? sí, sí; son ellos!
Oh! tienen un encanto!
—Que yo escuche tu acento!
tú me adoras?
CONDESA. Sí, mucho.
CONDE. Gozo tanto!
—Ves qué bella doncel?
FORTUN. (Oh! qué tormento!)
CONDE. Abrid esos balcones; que mi gente
al ver su gallardía,
se postre reverente.

Es la luz de su Conde, á su presencia
renazca la alegría,
que es la hermosa vision de la inocencia.

CONDESA. Inocente...? es verdad, esposo mio?
vuelva á tu pecho la perdida calma.
(*Al doncel.*) El me adora. Lo ves? Te desafio.

CONDE. En tus brazos no mas, descansa el alma.

FORTUN. Conde!

CONDE. Fortun... me llamas?

FORTUN. Su crímen recordad...

CONDE. (*Aterrado.*) Crímen digiste!
Sí, la banda... su amor... Oh! tú lo viste.—
(*A la Condesa.*) Aléjate de aquí... mi pecho inflamas.

CONDESA. (*A Fortun.*) Malvado...—Conde...! Conde...!

FORTUN. (Te perdiste,
al fin pude triunfar!)

CONDE. Salid, Condesa;
y decid al cobarde,
que pronto á mi corcel largaré bridas:
que en el campo me aguarde,
do el alma me dará por cien heridas.

CONDESA. No me apartes de tí, Fernan, espera.

CONDE. (*Con enojo.*) Quién abrió su prision?

CONDESA. (*Al doncel.*) Oh! te detesto!

CONDE. Salid de mi presencia, ya es bastante...
Señora, salid presto.

CONDESA. Me abandona el Señor!

CONDE. Doncel ¡qué muera!

FORTUN. Meditadlo, Condesa, un solo instante.

ESCENA VI.

Dichos, menos la CONDESA.

(*Despues de un momento de pausa, el Conde se arroja sobre un sillon y dice.*)

CONDE. Qué ha pasado, Fortun? Ay! yo me siento
con el atroz cansancio que me abruma.

FORTUN. Con ese abatimiento
de vuestros males acreceis la suma.

CONDE. Quién la trajo hasta aquí? Saberlo quiero.

Pero no me lo digas: yo he soñado
con tan grata vision, que el sueño espero.
Oh! quisiera soñar, porque he gozado.

FORTUN. (Nunca así le escuché; su amor podria...)

CONDE. Qué murmuras?

FORTUN. No es nada.

CONDE. Con sus ojos divinos, parecia
fantástica creacion de luz cercada.

FORTUN. ¡Y con esa vision que os enagena
vuestro honor olvidais!
Con el alma de encanto y placer llena,
ya nada deseais!

CONDE. Oh! sí: pronto, mi lanza,
mi corcel de batalla, y mi armadura:
yo anhelo la venganza;
necesito beber su sangre impura.

FORTUN. El castillo cercado
por sus gentes está; quizá mañana...

CONDE. Y se atreve el menguado!
mas no lo alcanzará, esperanza vana;
que al rudo golpe del acero mio,
á mis pies rodará cadáver frio.

FORTUN. Eso cumple, señor, á un caballero;
el mundo admirará vuestra grandeza.

CONDE. Que admire el mundo quiero,
de mi pecho la eterna fortaleza.
Mi gente prevenida,
que me siga al momento: mi venganza
el mundo alabará pronto cumplida
al rudo empuje de mi fuerte lanza. (*Váse.*)

ESCENA VII.

FORTUN, *solo.—A poco* MARIA.

A morir insensato, á morir vuela!
—ya en medio tu delirio la acaricias,
la estrechas en tus brazos y la llamas
vision de la inociencia y tus delicias.
Temor jamas sentido
por mi pecho cruzó; tu labio amante
hirióme el corazon enardecido,

y tu muerte labró en aquel instante.
Pero... no sé que hacer.—Si le venciera;
si osado el capitan aquí llegara,
si los tercios del Conde deshiciera,
si entrára en el castillo...—Temo mucho!
me tiembla el corazon. Loco y sin tino
con duda tan mortal...cobarde lucho,
que es fatal mi destino!—
—Mas...—Oh Dios! otro crímen!...—sí: que muera:
veneno abrasador que apure quiero;
su copa tengo aquí...(*la coge*) menguado fuera
retrocediendo al fin de mi sendero.

(*María aparece en una de las puertas laterales y al ver á Fortun se detiene.*)

Morirá, morirá, y abandonada
entonces á mi amor, huiré con ella,
y en region apartada,
conmigo á solas estará mas bella.—
Veloz mi pensamiento
un mundo de placer audaz recorre:
—es forzoso que muera en el momento.
(*Arroja unos polvos en la copa.*)

MARIA. Oh!

(*Fortun dirige en torno la vista espantado y dice.*)

FORTUN. Cielos! qué sonó?

(*Al mismo tiempo María se oculta y en la puerta contraria aparece el Conde pálido, con el pelo descompuesto, demostrando en todos sus ademanes el delirio que le atormenta.*)

ESCENA VIII.

MEN FORTUN, *el* CONDE.

CONDE. Quién me socorre?
Men Fortun... eres tú?
FORTUN. Señor, yo soy.
CONDE. No sientes mi temblor? dame la mano.
Ignoro donde estoy...
FORTUN. A mi lado, venid,
CONDE. Esfuerzo vano!
FORTUN. No os entiendo, señor.
CONDE. (*Aterrado.*) Do quier le veo,

fantasma misterioso que me espanta:
cuando oprimirle entre mis manos creo,
de entre mis propias manos se levanta;
y el fuego de sus ojos me enloquece,
y mi tormento y mi delirio crece.
La fuerza de esa sombra me atosiga,
que rayos son las armas con que lucha,
que atraviesan mi peto y mi loriga.

FORTUN. Ilusion nada mas.

CONDE. Doncel, escucha.
Detras de ese fantasma, en mi presencia,
cercada de halagüeños resplandores,
contemplé á la vision de la inocencia,
adornada la sien con blancas flores:
y el fantasma se fué...solo con ella
del mundo y de mis penas olvidado,
con la luz de su rostro pura y bella,
un instante de dicha he disfrutado.
—Si tú la hubieras visto!—Era su acento
el celestial concento
de un arpa sacudida:
el eco blando que murmura el viento,
al dar al prado el sol su luz querida.
Y su rostro era hermoso, y su mirada
en torno desprendia,
un vago resplandor que se perdia
en medio de la atmósfera encantada.
Mis brazos estendia
para tocar su manto refulgente:
mi labio la nombraba;
cuando sentí en mi frente,
una flor que su mano me arrojaba.
La cogí tembloroso
y en medio de su cáliz de pureza,
un gusano asqueroso
vi moverse, Fortun, con ligereza;
y al suelo la arrojé, por que abrasaba
y mi mano quemaba,
aquella flor, tesoro de belleza.
Los ojos levanté...cuando ligera
la divina vision desparecia
blancas alas tendiendo en la ancha esfera.—

Yo, loco la llamaba!
que en medio de una nube otra vez via,
que la sombra infernal se me acercaba:
—por eso huyendo aquí favor pedía.—
—Comprendes mi dolor? su rostro puro
tan solo quiero ver.

FORTUN. Sí, le vereis.

CONDE. No me engañas, doncel? pues yo te juro...

FORTUN. (Maldicion.)

CONDE. Qué Fortun?

FORTUN. Que descanseis.

CONDE. Bien quisiera doncel. Mas ay! no puedo:
pronto mi vida llegará á su ocaso,
que ya todo me espanta, tengo miedo.

FORTUN. Os sentis con calor?

CONDE. Sí, yo me abraso.

FORTUN. Pues la copa apurad.

CONDE. Dame al momento.

FORTUN. Siempre bebiendo vuestro afán calmais,
calmando de la sangre el ardimiento:
—bebed, y reposad.

(*El Conde oge la copa con avidez, pero cuando se la acerca á los labios, entra María precipitadamente.*)

ESCENA IX.

Dichos.—MARIA.

MARIA. Oh! no bebais.
mortal veneno vuestra copa encierra!
(*El conde como volviendo de un letargo.*)

CONDE. Mi copa envenenada!

(*Fortun aturdido demostrará en la vaguedad de sus ojos la inquietud de su alma.*)

FORTUN. Quién se atreve?...

MARIA. Yo lo he visto, señor.

CONDE. (*Mirando de hito en hito á Fortun.*) Oh! qué te aterra?
pavor en tu mirada!

FORTUN. Señor...

CONDE. (*Presentándole la copa.*) Bebe.
Es mi copa, Fortun...¿porqué no aciertas
á afrontar tu pupila con la mia?

¿porqué de fuego abrasador cubiertas
tus megillas están?

FORTUN. (Oh! suerte impia!)

CONDE. Asesino cobarde!...

FORTUN. Señor Conde...

CONDE. Insegura tu planta el temblor mueve;
mas, do la llevarás, villano á donde?

FORTUN. La calumnia, señor...

MARIA. Mentis...

FORTUN. (Oh!)

CONDE. Bebe...

FORTUN. Sí, la quiero apurar; dádmela pronto,
mi vida es una carga que me abruma,
que no puedo sufrir...dádmela—Conde,
dejad que en vuestra copa la consuma.
—Mas, no tengo valor... (*á Maria*) maldita seas!

MARIA. (*Al Conde.*) Protegedme, señor!...

CONDE. Atras, menguado!
no te espanta tu crímen?

FORTUN. (*Fuera de sí.*) No, la adoro;
estrechar á tu esposa yo he jurado,
y al fin la estrecharé.

CONDE. Con que tú fuiste!
—Me pasma tu osadía!
—¿Y de la esposa mia,
el nombre mancillar, cómo pudiste?
—Pero ya me lo has dicho; tú la amabas,
y añadir al ultraje el crímen fiero,
en tu pecho de tígre meditabas;
mas perdiste, cobarde, tu sendero.

FORTUN. Te engañas, Fernan Nuñez; tu bravura
en vano invocarás; fuerza te falta
para vencerme á mí.

CONDE. Tu lengua impura,
mas mi corage exalta.

FORTUN. Y qué conseguirás?

CONDE. Saldré á tu encuentro,
y nadie aquí podrá de mí salvarte;
que aunque te oculte del avismo el centro,
en él me arrojaré para matarte.

FORTUN. Acaso con la muerte mi agonía,
que es mi eterno penar, su fin tuviera;

pero la lucha es mia,
y no me detendré ya en mi carrera.
Yo anhelo ese tesoro de hermosura;
mi brazo es el mas fuerte,
que sin armas desprecio tu bravura,
y mi esperanza está, Conde, en tu muerte.
—Prepárate á morir, lucha conmigo,
que del sangriento duelo,
solo el genio del mal será testigo.

CONDE. Oh! mis armas!

MARIA. Favor! (*Maria sale de la escena.*)

FORTUN. Pídele al cielo!

(*Se precipita sobre el Conde que se defiende con trabajo, cuando entra el Capitan Mendoza con la espada desnuda y cubierto el rostro con la celada.*)

ESCENA X.

Dichos, el CAPITAN MENDOZA.

CAPITAN. Asesino...!

FORTUN. Quién es? (*Retrocediendo espantado.*)

CAPITAN. Un caballero.

CONDE. Gracias! Oh Dios!

FORTUN. Piedad!

CONDE. (*A Mendoza.*) Dadme la espada.

CAPITAN. Con sangre tan menguada,
no debeis empañar el limpio acero.
—En guardia, vive Dios! baldon eterno
cubrirá tu sepulcro en vez de flores.

FORTUN. Mientras tenga mi daga, mis amores
conmigo llevaré.

CONDE. Dónde?

FORTUN. Al infierno.

(*Se hiere y cae junto á uno de los balcones, el Capitan Mendoza se adelanta y arrojándole dice.*)

CAPITAN. Al infierno Fortun, ve á sepultarte:
y que tu audacia loca
se estrelle con tu amor en esa roca,
ya que el alma no pude yo arrancarte.
(*Despues inclinándose hácia el Conde.*)

—Permitidme.

CONDE. Mendoza...

CAPITAN. Sí, yo soy.

CONDE. Levantad, Capitan; vuestra hidalguía
premiará mi amistad.

CAPITAN. Premiado estoy,
con el ardiente amor de mi María.
—Yo me alcé contra vos, que siempre lidia,
por Dios y la virtud, mi brazo fuerte:
del doncel la perfidia,
ya el cielo castigó con dura muerte.
Inocente erais vos: si vuestra mano,
no desdeña estrecharse con la mia,
yo dichoso seré.

CONDE. Buen castellano,
siempre afrontando á la maldad impía,
vuestro amigo seré.—Pero qué veo?
(*Fijándose en la banda.*)
Decidme, Capitan... cómo llevais...?

CAPITAN. Esta banda señor que aquí mirais...

CONDE. Acabad por favor, yo lo deseo.

CAPITAN. En venturoso dia,
yo la vida salvé de vuestra esposa
que sola con Alvar triste gemia
de sus fieles monteros apartada,
y ambrienta fiera por su mal furiosa,
su pecho á desgarrar se prevenía.
Mas por mí con afan do quier buscada,
la divisé del monte en la aspereza
y á la fiera tambien; y en el momento,
hendiendo mi venablo el raudo viento,
la arrancó con la vida su fiereza.
Hinqué los acicates á mi overo,
que espumoso y ligero
pareció que mi anhelo conocía:
pues salvando valiente breñas duras,
cuando aun la fiera con furor rugia
clavó en su corazon las herraduras.
Entonces la Condesa bondadosa
desprendiendo la banda de su pecho,
la puso generosa
sobre el pecho que alegre me latia.

Por eso de vencer yo satisfecho,
pendon de la virtud la aclamé un dia.

CONDE. Oh! basta Capitan; con vuestro acento
la ventura volveis
al Conde que os odió en fatal momento;
mas que amigo, mi hermano vos sereis.
—Mas. Ay! decidme; ¿dónde
á mi esposa veré? yo en su presencia...

CAPITAN. Miradla, Fernan Nuñez.

ESCENA XI.

Dichos.—MARIA, *la* CONDESA.

CONDESA. Señor Conde...

CONDE. Angel puro de amor y de inocencia,
ven á mis brazos, ven: la sombra oscura
que turbó mi razon, disipó el cielo:
la atroz perfidia; la calumnia impura,
no tu esposo, causó tu amargo duelo.

CONDESA. Oh! cubramos, Fernan, tan triste historia
con el lúgubre velo del olvido;
tu amor, es mi existencia: él es mi gloria;
el tiempo que ha pasado, yo he dormido.

CAPITAN. (*A Maria.*) Tú mi esposa serás, siempre mi amada.

MARIA. (*Al Capitan.*) Tu esposa Capitan: tuya es mi vida.

CONDE. Mi mente enagenada,
entre sombras sin fin, Leonor, perdida
al doncel escuchó: tu ardiente lloro
no supe comprender; loco te amaba,
y do quier encontraba,
avaros de mi mágico tesoro.

CONDESA. A qué pensarlo mas? Dios que nos mira,
y que ve nuestro amor, apagó el llanto;
ya el pecho no suspira,
y ostenta la virtud su rico manto.

CONDE. Es verdad, mi Leonor: su manto hermoso...
—Pero...—A quién lo debemos?—ven María;
abrázame felice con tu esposo,

y aumente tu placer la dicha mia.
—Y tú, bravo caudillo, por empresa
en el potente escudo y los pendones
que acatan indomables tus legiones,
La Banda llevarás de la Condesa.

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE SUSCRICION Y VENTA.



Madrid: ***librerías de Cuesta, Rios, Matute y Publicidad.***



PROVINCIAS.

Albacete.	Cuartero.
Alcoy.	Martí é hijos.
Algeciras.	Monet.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Vergara y Compañia.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Gayoso.
Badajoz.	V. de Carrillo
Barcelona.	Sauri.
Benavente.	Blanco.
Bilbao.	Velasco.
Burgos.	Calle.
Cáceres.	Gallardo.
Cádiz.	Moraleda.
Córdoba.	L. de la Torre.
Cuenca.	Mariana.
Castellon,	G. Otero.
Ciudad Real.	Gonzalez.
Coruña.	Perez.
Ferrol.	Tajonera.
Gerona.	Palahi.
Gijon.	Abreu.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Marchs.
Huelva.	M. Lopez.
Huesca.	Martinez.
Jaen.	S S. Sagristá y Compañia.
Játiva.	Bellver.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Redondo.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Ruiz.
Málaga.	Medina.
Murcia.	Andrion.
Orense.	Novoa.
Oviedo.	Sanz.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Brizuela.
Palma.	Rullan-Hermanos.
Pamplona.	Imprenta de la Ilustracion.
Pontevedra.	Andrade.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Bonnet.
Santander.	Riesgo.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alejandro.
S. Sebastian.	Baroja
Sevilla.	Fee.
Salamanca.	Torres.
Tarragona.	Puygrubi.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Perez.
Ubeda.	Gorriz.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Rodriguez.
Vitoria.	Ormilugue.
Zamora.	Pimentel.
Zaragoza.	Gallifa.